

Encontrarse. Una filosofía.

Autor / Author

Pépin, Charles

Editorial / Publishing company

Siruela, Madrid 2023

Resulta significativo que a medida que avanza el siglo XXI encontremos obras y ensayos que buscan dar razón de una de las dimensiones más relevantes de la persona, la relationalidad. El crecimiento exponencial de las redes sociales, el exceso de conexiones y de conectividad parece haber desvelado dos aspectos en apariencia contradictorios: cuanto más conectados estamos gracias a la tecnología y sus innumerables aplicaciones, mayor parece ser la sensación de aislamiento y soledad. Este interesante ensayo de Pépin sale al paso de esta cuestión con una propuesta de repensar la condición relacional del ser humano. «Cuando hacemos balance de la importancia de los encuentros, miramos con otros ojos las obras que nos alimentan y nuestra propia vida. Dependemos de los otros. El encuentro no es un ornamento, una alternativa accesoria, sino que es esencial para nosotros, configura nuestra personalidad, está en el centro de la aventura de nuestra existencia [...] nos hace descubrirnos a nosotros mismos y nos abre al mundo», dice en su introducción (p. 15).

A modo de balance personal de la obra, puedo señalar que el esfuerzo por ahondar en distintas fuentes y autores, junto con los ejemplos para el análisis de los fenómenos tomados de la literatura y el cine, es serio y, en buena medida, satisfactorio. Como contrapunto crítico señalaré dos cuestiones. La primera: a mediados del siglo pasado hubo una corriente del pensamiento filosófico europeo que ya se ocupó del análisis y fenomenología del encuentro, cuyos autores no aparecen entre las fuentes a las que Pépin ha acudido. Acudir a autores como Gabriel Marcel o, especialmente, Romano Guardini habría ayudado al autor a completar o ampliar sus pesquisas. Y la segunda, que me parece la más limitante: utiliza para explicar la dinámica del encuentro una perspectiva dialéctica (inspirada en Hegel) que limita los resultados de su investigación. Entre otras cosas porque me parece que la lectura que hace de dos autores clave en esta cuestión, a los que acude y cuyos recursos son esenciales, como Lévinas o Martin Buber, más que en clave dialéctica piden ser leídos en una clave dialógica.

Dicho esto, el ensayo tiene indudables aportaciones y logros que merecen ser resaltados. Se divide en tres partes. En la primera aborda, de una forma más bien fenomenológica, «las señales del encuentro», para pasar en la segunda a explicar «las condiciones del encuentro» y terminar, en la tercera, elaborando una síntesis propia de esos elementos para mostrar su elaboración filosófica particular que muestra que «la verdadera vida es encuentro». En las líneas que siguen voy a recoger algunos apuntes de lo que considero más relevante de la lectura de este libro.

Son ocho las señales del encuentro. Aunque no va a limitar la categoría de encuentro a la del encuentro amoroso, en esta parte la mayoría de los ejemplos que utiliza se reducen a ese ámbito. Un primer descubrimiento que hacemos gracias al encuentro es la diferencia entre nuestro yo profundo y el yo social. La conmoción que provoca en nosotros el encuentro inesperado con otra persona nos lleva del asombro a la pregunta sobre quiénes somos de verdad. De este modo, como un segundo momento, nos re-conocemos y reconocemos al otro. Como decía antes, el autor va explorando en esta parte distintas maneras de relación que aportan una mirada detenida al encuentro como algo particular. No solo rompe la coraza con la que nos presentamos socialmente (lo que en la era de las redes sociales y lo que se ha dado en llamar «postureo» ya es relevante), sino que, además, muestra una familiaridad desconcertante entre las dos personas que se encuentran, lo que, como tercer punto, lleva a querer descubrir el mundo del otro que se abre ante nosotros. En cuarto lugar, «el encuentro, a veces, marca también el nacimiento de un proyecto. El mundo del otro nos interesa menos que lo que vamos a construir juntos. [...] En los seres relacionales que somos, el compromiso en un proyecto o en una causa está a menudo condicionado por el encuentro. Quizá yo había pensado en comprometerme, la idea me rondaba desde hacía algún tiempo, pero este encuentro ha sido el desencadenante» (p. 41). El encuentro, como diría entre nosotros otro pensador que ha desarrollado su filosofía del encuentro de manera magistral, López-Quintás, «abre un campo de posibilidades inédito» (p. 42). Interesante es que Pépin apunte que el ejemplo más claro de lo que supone el verdadero encuentro —el todo es muy superior a la suma de sus partes— es la familia: «El signo del encuentro es entonces el sentimiento de una libertad nueva. Porque hemos encontrado a la persona adecuada, lanzarse se vuelve más emocionante que angustioso. Cuando el encuentro produce este efecto, en la gracia de esta ligereza reencontrada, en esta renovación de nuestra capacidad de audacia, medimos cuánto nos equivocamos reduciendo nuestra existencia a la de un individuo frente al mundo» (p. 45).

El quinto paso es descubrir el punto de vista del otro, experimentar realmente su alteridad:

tener un encuentro especial con alguien es descubrir otro punto de vista sobre las cosas, experimentar un cambio en nuestra relación con el mundo. Desde que te he conocido, ya no estoy en el centro de mi mundo, ya no soy esa mónada que percibe el mundo desde su única posición. A partir de ahora, veo las cosas también a través de tu mirada (p. 48).

Y el criterio, ¿cómo sé que me he encontrado, de verdad, con el otro?:

observando día tras día que somos capaces de descentrarnos: cada vez que conseguimos ver el mundo a través de los ojos del otro, desmentimos una imposibilidad teórica. La vida es más fuerte que la teoría: cada vez que el mundo se ofrece a mí de otro modo porque lo descubro con tus ojos, sé que te he encontrado (p. 50).

A medida que Pépin va desgranando estas condiciones del encuentro se ve la dificultad que tiene para delimitar en qué sentido habla del encuentro para poder dilucidar cuándo es verdadero y cuándo no. Es otro de los peros que van creciendo a medida que leemos los ejemplos o casos literarios o cinematográficos con que el autor ejemplifica cada rasgo. Por otro lado, es interesante y muy de alabar la puesta en juego personal para contrastar lo que va diciendo. Es lo que sucede, por ejemplo, cuando habla de la experiencia personal de «descentramiento» (p. 60) vivida al leer la novela *El Reino*, de Emmanuel Carrère:

yo también me encontré dudando de la inexistencia de Dios, contemplando el mundo como lo contempla un verdadero cristiano. [...] Ateo yo también, o al menos agnóstico, nunca había palpado tan de cerca la realidad de la fe cristiana. [...] Dejé espacio dentro de mí a un místico cuya existencia yo no sospechaba, empecé a ver el mundo con sus ojos, a sentir las cosas con su corazón (p. 61).

Anoto el resumen de la primera parte en el que enumera las ocho señales: «La conmoción, la curiosidad, el reconocimiento y el deseo de probar son los primeros signos del encuentro *ya en curso*. Después, la experiencia de la alteridad, el cambio, la responsabilidad y la salvación son los signos de un encuentro que continúa y produce sus efectos. Estos últimos son tales que no podemos depender simplemente del azar. Veamos ahora qué es lo que podemos hacer para favorecer y facilitar nuestros encuentros y conseguir convertir el azar en nuestro aliado» (p. 93).

Como decía más arriba, creo que en la fenomenología el autor se detiene en varias señales que lee de un modo sesgado o, cuando menos, incompleto. Y al pasar ahora a establecer las condiciones del encuentro se ve esa primera limitación puesto que, si un encuentro podía ser para bien o para mal, las condiciones para que se dé excluyen la dimensión moral que, por otro lado, hemos visto que también forma parte del encuentro. Las condiciones son tres: ser sujetos activos, lo que requiere una filosofía de la acción; estar disponibles al otro, y, por último, reconocer la vulnerabilidad, o lo que en palabras de MacIntyre podríamos denominar, la condición dependiente del sujeto racional.

En esta filosofía de la acción que propone me parece que no supera la dialéctica monismo-relativismo de las filosofías occidentales que no han sabido integrar la relación contingencia-ser. La segunda condición del encuentro: la disponibilidad (o el abandono en palabras de los místicos). Una de las cosas que más me han gustado del libro es, precisamente, que va poniendo en juego en sí mismo lo que va planteando. Son varias las alusiones a la dimensión religiosa o espiritual de la persona y del encuentro, a pesar de reconocerse como agnóstico. Pero considerar esa dimensión posibilita comprender mejor tanto la vida humana como el conjunto de sus

condiciones implicadas en el encuentro. «Saber que podemos equivocarnos en nuestras expectativas puede convencernos de abrirnos a lo que no esperamos» (p. 117), afirma. En síntesis:

Las tres grandes condiciones del encuentro que exponemos en este capítulo —salir de casa y de uno mismo, mostrarse disponible, quitarse la máscara— conducen a la misma constatación: hay que confiar en lo incierto. Salir de casa y de uno mismo sin estar seguro del resultado es tener confianza en la acción, en su poder de reconfigurar la realidad. Estar disponible a lo inesperado no es otra cosa que una definición de la confianza: estar preparado para ir hacia lo que no podemos anticipar. Si solamente tenemos confianza en terreno conocido, cuando las cosas se desarrollan tal y como preveíamos, no se trataría de confianza, sino de competencia. En definitiva, mostrarnos vulnerables, quedarnos «al desnudo», no seguir con la máscara requiere confianza en nosotros mismos y en el prójimo, para tratar de desvelar nuestra intimidad al desconocido (p. 146).

Llegamos así a la tercera y última parte, donde el autor muestra en qué sentido la vida, de verdad, es encuentro. Como ya he apuntado más arriba, podemos considerar el ensayo más una búsqueda que una exposición de algo logrado, porque de nuevo emergen aquí las dificultades que se siguen de entender el encuentro de una manera tan neutral que pueda tener connotaciones tanto positivas como negativas. En esta parte el autor va a emprender una búsqueda de los elementos teóricos con los que armar esa teoría que está buscando y que le desvelen el enigma de la riqueza del encuentro. Para ello acude a cinco instancias: la antropología, el existencialismo, la religión, el psicoanálisis y la dialéctica.

De las cinco, creo que solamente la lectura religiosa se adentra en un fundamento más metafísico que meramente psicológico, y ofrece los elementos más potentes. La lectura judeocristiana del ser humano como misterio aporta un testimonio de primera mano muy interesante: una vez más el propio autor se ha dejado interpelar por el misterio y por esa dimensión en la naturaleza humana que, afirma categóricamente, «los enfoques antropológicos o existencialistas no daban verdaderamente cuenta: el encuentro con el otro es en primer lugar el encuentro con su misterio» (p. 163). «Al principio es la relación», afirma Buber. Una manera de hacernos interpretar de otra forma la fórmula bíblica «Al principio era el Verbo». Ya que el verbo siempre es dirigido, dado que siempre hablamos a alguien, este versículo del Evangelio de san Juan presupondría, por tanto, la primera de todas las relaciones. Solo en la relación, hecho posible por el encuentro, aparece esta «verdadera vida» invocada tan a menudo por el filósofo israelí» (p. 166).

Como afirmé al inicio, creo que el autor acierta de lleno en su tesis central: «El descubrimiento del otro, y todavía más su redescubrimiento permanente en un encuentro cada día *continuado*, es una cita con uno mismo al tiempo que un encuentro con el mundo» (p. 185). En esto reside la fuerza del libro y el interés de todas sus propuestas: anima a la reflexión y propone claves desde las que adentrarse en la relacionalidad propia de nuestro ser racional. ■

AGEJAS ESTEBAN, José Ángel

Universidad Francisco de Vitoria